

Novela sobre el pícaro Ermoshka

Vivía en una aldea un campesino llamado Ermolái, tan gran bribón, astuto y maestro en toda clase de invenciones y trampas, que parece imposible hallar en todo el mundo a alguien a quien él no pudiera engañar. Sus vecinos lo detestaban profundamente y, sin duda alguna, lo llamaban directamente a la cara «bribón Ermoshka». Él, por su parte, solo husmeaba oportunidades y urdía artimañas para engañar a alguien y sacar provecho de manera deshonestas; únicamente así lograba vivir. En cuanto a trabajar como corresponde, a la manera campesina, desde pequeño nunca tuvo tal costumbre. Así pues, vivía más o menos, pobremente: lo que conseguía con facilidad, lo gastaba aún más fácilmente.

Toda la propiedad de Ermoshka se reducía a una vaca flaca y miserable; no sabía bien dónde la había conseguido, probablemente la había robado, la metió en el rebaño y luego se olvidó de ella. Tras tanto ingenio y tantos engaños, los campesinos, sus vecinos, se reunieron finalmente en asamblea y decidieron expulsar al bribón Ermoshka de la comunidad, para que ni su olor quedara en la aldea, pues ya les resultaba insoportable a todos. Ermoshka dijo: «¡Pues maravilloso! Denme mi pasaporte. Yo mismo me iré; ¿qué puedo sacar de ustedes, pobres diablos? ¡Pero devuélvanme mi vaca!». Vaya, ahora sí se acordó de la vaca.

Le entregaron lo que pedía y lo echaron. Caminaba por el camino real, hacia donde le llevaban los ojos, y al mediodía llegó a una gran aldea. Ermoshka tenía hambre, no tenía dinero para comprar nada, pero le daba pena vender su vaca: pensaba cómo podría usar algún truco para obtener de ella una buena ganancia. Entonces vio que en una cierta choza una mujer trabajaba junto al horno y que no había ningún hombre presente, así que entró. Pensó que sería más fácil engañar a una mujer.

«Buenos días», dijo, «tía; alimente a este viajero». La mujer le dio un trozo de pan: «No hay nada más». Pero el bribón Ermoshka olfateaba con su nariz que desde el horno emanaba aroma de ganso asado. Salió al patio, revolvió el heno en un montón y dijo a la mujer: «Tía, tía, vaya a mirar: su ganado ha desparramado su heno». La mujer salió, y él se lanzó hacia el horno, robó el ganso asado de la sartén, puso en su lugar un viejo zapato de corteza, metió el ganso en el saco que llevaba a la espalda y se sentó a comer pan. La mujer arregló el montón de heno, regresó a la choza y, siendo de carácter alegre, se le ocurrió proponerle a Ermoshka un acertijo sobre cómo ella lo había engañado con el ganso: «Dime», preguntó, «viajero, ¿sabes que en la ciudad de Pechinsk, en la aldea de Skovorodinsk, hay un jefe llamado Gagathei Gagatéevich Guséev?» «¡Cómo no

saberlo! Solo que ahora ya no está allí: lo trasladaron a la ciudad de Sumin, a la aldea de Zaplechansk. Y en su lugar pusieron a Lipán Pletujánovich Laptév», respondió Ermoshka. Inmediatamente tomó su gorra y salió de la choza.

Ermoshka caminaba por el camino, ya se había comido el ganso y buscaba dónde pasar la noche. De repente lo alcanzó un campesino rico de una aldea cercana. «¿De dónde vienes y adónde vas, buen hombre?», preguntó. Ermoshka nombró su aldea. «Y ahora voy», dijo, «a la aldea de Nebývalo, en la vólost de Neznamovskaya. ¿La conoces?» «No, no la conozco. ¿Acaso tienes parientes allí?» «¡Qué parientes!», respondió Ermoshka. «El año pasado casaron a una muchacha de nuestra aldea allá; quizás llegue a tiempo para el bautizo, así o beberé cerveza o pelearé...» «Bueno», dijo el campesino, «vas con un propósito cierto. Yo iba buscando un trabajador: tengo un prado lejano que necesita ser segado, pero es temporada de mucho trabajo y no encontré a nadie.» «¿Y qué?», dijo Ermoshka, «vamos, yo te ayudaré, no tengo prisa. ¿Cuánto pagarás?» Acordaron un rublo por día.

En casa del campesino, Ermoshka cenó y pasó la noche; al día siguiente, temprano, el amo lo envió junto con otro trabajador a segar el prado lejano. Llegaron allí. «Bueno, que Dios nos bendiga, empecemos a segar», dijo el trabajador. Pero Ermoshka le replicó: «¡Ay, qué cabeza la tuya! ¿Directamente del camino al trabajo? Primero hay que descansar». Se acostaron y descansaron. El trabajador se levantó y despertó a Ermoshka. «¡Basta ya, hermano, de dormir, es hora de segar!» «¿Qué dices? Antes hay que almorzar. ¿Qué trabajo puede hacer un hambriento?» Cocinaron gachas, comieron. «Bueno», dijo Ermoshka, «después del almuerzo hay que echarse una siestecita, eso es costumbre entre todos los cristianos». Pasaron tres horas, Ermoshka dormía y dormía. «¡Levántate!», lo despertó el trabajador, «¡es hora de trabajar!» «El trabajo, hermano, no es un lobo, no se escapará al bosque, pero es cierto que ya es hora de la merienda. Prepara unas gachas. Y sabes, hermano», dijo Ermoshka, «pon grano suficiente tanto para la merienda como para la cena. De paso cenamos ahora mismo y después comenzaremos el trabajo». Así, tras merendar y cenar, el trabajador insistió nuevamente: «Vamos a segar». «¡Miren a este tonto!», dijo Ermoshka. «¿Dónde se ha visto que se trabaje después de la cena? Después de cenar, toda la cristiandad duerme». Se acostaron a dormir y durmieron hasta la mañana. El trabajador despertó a Ermoshka. «¡Levántate, empecemos a trabajar!» Ermoshka levantó la cabeza, miró a su alrededor y dijo: «Mira qué rocío hay; ¿acaso se puede segar sobre él? Esperemos una hora, que se seque el rocío, y entonces comenzaremos». Se volvió hacia el otro lado y comenzó a roncar; al trabajador no le apetecía esperar, «no hay rocío, vamos a empezar». «¡Qué más da! Despertaron y el sol ya estaba alto. «Bueno, hermano», dijo el trabajador, «no hay rocío, vamos a

empezar». «¡Qué más da! ¿Ves cómo quema el sol? Poco segarás ahora. Esperemos a que baje el calor; entonces, cuando comencemos a mover las guadañas, cortaremos toda la hierba de inmediato. Pero ya es hora de comer, pon la olla y cocina unas gachas».

Así, Ermoshka y el trabajador pasaron tres días enteros holgazaneando. No hicieron absolutamente nada, solo consumieron todas las provisiones. «Ermolái, oh Ermolái», dijo el trabajador, «ya no quedan provisiones, ¿de qué nos alimentaremos?» «Bueno, si no hay qué comer, hay que volver a casa». «¿Y qué le diremos al amo?» «Habla tú, pero sigue mi ejemplo».

Fueron donde el amo: «¿Acaso segasteis toda la hierba?» «¿Acaso dejaría algo?», dijo Ermoshka. «Soy tal trabajador que valgo por diez. Vamos, amo, haz cuentas; ya es hora de que me vaya». El campesino era algo tacaño y le dio a Ermoshka dos rublos y medio por los tres días. «Y medio rublo», dijo, «es por la alimentación de tu vaca». Ermoshka comenzó a discutir y a insultar. No, el campesino no devolvía el medio rublo. Ermoshka tomó su vaca, se detuvo bajo la ventana del campesino y dijo: «Te lo pido por última vez, amo, devuelve mi medio rublo. Soy un hombre pobre, y nosotros, los pobres, somos quienes rezamos ante Dios por vosotros, los ricos». «¡Ya dije que no lo devolveré!» «Bueno, si es así, miraré al cielo, extenderé mi mano, recordaré a Dios: así como la hierba estuvo en tu prado, ¡que así permanezca la hierba!..» Y se fue.

Al día siguiente, el campesino fue al prado lejano para ver la siega; mira ¡válgame Dios! Realmente la hierba seguía intacta, sin segar. «¿Acaso segasteis la hierba?», preguntó al trabajador. «Por supuesto que la segamos y la apilamos en gavillas». «Ay», dijo el amo, «parece que me topé con un hechicero; mejor hubiera sido darle ese medio rublo, porque ahora habrá que segar de nuevo. Vamos, manos a la obra». «No, amo, haz cuentas; no trabajaré más para ti ni me acercaré a ese prado: temo a la brujería», dijo el trabajador. Y para sí pensaba: «Antes que doblar la espalda como jornalero, mejor me voy con Ermolái como compañero: con él es más fácil conseguir el pan».

Ermoshka caminaba por el camino, arrastrando tras de sí su flaca vaca. Cerca de una gran aldea lo alcanzó el trabajador con quien habían intentado segar la hierba. «¿Adónde corres así, hermano?», le preguntó Ermoshka. «Te perseguía a ti, Ermolái; tómame como compañero, he dejado al amo ¡al diablo con él!» Ermoshka lo miró, pensó: «Es un muchacho sencillo, puedo sacar provecho de él también». «¿Tienes dinero?» «Sí, recibí veinte rublos del amo». «Bueno, vámonos».

En aquella aldea adonde llegaron, al día siguiente comenzaba una feria de tres días. «Vamos, hermano, a comerciar con vino», dijo Ermoshka a su compañero. «Es

el negocio más rentable». «De acuerdo». El primer día lo pasaron entero holgazaneando: había que descansar del viaje y observar el terreno. El compañero de Ermoshka gastó cinco rublos, y de los dos rublos y medio de Ermoshka solo le quedó una moneda de cinco kopeks. Al día siguiente, al despertar, el trabajador dijo: «Bueno, hermano Ermolái, vamos a ganar dinero». «De acuerdo», dijo Ermoshka, «ve, compra un barril de dos vedros de vodka y un vaso, luego ajustaremos cuentas». El compañero compró el vodka y se instalaron con el barril junto al camino, a la entrada de la aldea, para atraer a los transeúntes. Estuvieron sentados y sentados, pero aún era temprano y no había nadie; a Ermoshka le ardía el deseo de tomar algo para aliviarse de la resaca. «Vamos, hermano», dijo, «bebamos nosotros mismos un vasito para empezar». «No, Ermolái, así no lograremos nada: con este vodka debemos ganar dinero». Ermoshka buscó en su bolsillo y encontró una moneda de cinco kopeks, y dijo: «¡Si es por dinero, que sea por dinero! Toma mis cinco kopeks, dame un vaso: así daremos comienzo». El compañero le sirvió un vaso por los cinco kopeks, observó cómo bebía Ermoshka y él mismo sintió deseos de beber. «Dame también a mí un vasito

hachu». «No, hermano —dice Ermoshka—, si es por dinero, entonces tú también paga». El compañero le dio a Ermoshka una moneda de cinco kópeks y se bebió un vasito. Otra vez —todo por dinero— se bebieron cada uno un vasito. «¡Asombroso! —dice Ermoshka—. Así bebemos bien y además quedamos con ganancias. Haz tú mismo la cuenta: ¿cuánto nos ha costado este vasito? No más de dos kópeks bajo ningún concepto. Y nosotros lo vendemos a cinco kópeks. Por cada vaso, tres kópeks de ganancia limpia. Bueno, solo puedo decir que eres muy listo, muchacho: ¡qué vaso has preparado! Por fuera parece grande, pero apenas cabe un sorbo; ¡mira qué fondo tan grueso tiene! ¿Qué hacer contigo? Parece que hay que aligerar la bolsa. Sírreme otro vaso por cinco kópeks». Le dio al compañero la moneda de cinco kópeks que acababa de recibir de él y se lo bebió. El compañero le devolvió la moneda de cinco kópeks y también se lo bebió.

Y de esta manera estuvieron de juerga hasta la noche misma. Bebían y, a fe mía, se pagaban mutuamente por cada vaso. El compañero de Ermoshka se metió tanto en el negocio que calculaba la ganancia de cada vaso; el primer día sacó siete rublos y medio de beneficio limpio. «Mañana —dice— comprobaremos la recaudación, pero ahora no puedo... Vamos a dormir».

Pasaron cerca de ellos unos juerguistas. Ven que junto a un barril hay dos roncós y un vasito sobre el barril. Se acercan, vacían el barril por completo y, en lugar de dar las gracias, registran a los dueños. Aquí llegó el fin de la moneda de cinco kópeks de Ermoshka. A su compañero le quitaron las botas nuevas, le robaron sus últimos cinco rublos y, para burlarse, lo tendieron cruzado en medio del camino.

Al amanecer pasaba por el camino un campesino. Al ver que había un hombre tendido, bajó del carro y empezó a despertarlo: «¡Eh, oye, levántate!». «Todavía es temprano». «¿Qué temprano? ¡Levántate!». «Déjame en paz, vete, no me molestes». «Al menos recoge las piernas, déjame pasar». El compañero de Ermoshka miró sus pies, vio que estaban descalzos y dijo: «Sigue tu camino, si quieres; estas no son mis piernas, las mías llevan botas». Y volvió a dormirse. No hubo más remedio: el campesino lo agarró de una pierna, lo empujó a la cuneta y siguió su camino.

Ya pasado el mediodía despertó el trabajador. Recobró el sentido, miró a su alrededor y ¡vaya sorpresa!: ni botas en los pies, ni dinero en el bolsillo, ni mercancía en el barril... Lanzó un alarido y empezó a despertar a Ermoshka. «¡Socorro! —grita—, ¡nos han robado!». Pero Ermoshka, en cuanto se incorporó, echó a correr... Todavía no había despertado del todo, pensó, con la conciencia intranquila, que llamaban «socorro» por su culpa... Y cuando el trabajador vio que Ermoshka huía, salió tras él. «¡Alto! —grita—, ¡alto!». Ermoshka, asustado, corrió aún más deprisa. Corrieron y corrieron... Finalmente, el viento refrescó a Ermoshka, recobró el juicio: «¿Adónde estoy yendo? —piensa—». Y se detuvo. Su compañero lo alcanzó. «¿Por qué —pregunta— has echado a correr?». «¿Cómo no iba a correr si gritaban 'socorro'?». «Pero fui yo quien gritó —dice el trabajador—, pues nos han robado. ¿Tu recaudación está intacta?». Ermoshka metió la mano en el bolsillo... y no había ni una moneda de cinco kópeks... «¡Ah, ladrones! —grita—, ¡también a mí me lo han llevado todo, se ha perdido toda la recaudación y mis cincuenta rublos!». El trabajador se sentó en un montículo y comenzó a llorar. «¿Qué haremos ahora? Estamos en tierra extraña, sin dinero, moriremos de hambre». «Nada —dice Ermoshka—, no te aflijas. Nuestro oficio es el comercio, y en el comercio hoy hay pérdidas, pero mañana, quién sabe, habrá ganancias. Nos recuperaremos». Pero para sí pensaba: «Ahora debo deshacerme de él; de todos modos, ya no podré sacar nada de él».

Regresaron al pueblo donde había quedado la vaca de Ermoshka. Miran y ven a un lado, en el prado, sentada una mujer: había extendido lienzos sobre la hierba para blanquearlos y los vigilaba. «De un modo u otro —dice Ermoshka—, necesitamos conseguir capital para empezar el negocio. Aunque sea robándole el lienzo a esa mujer». Al compañero nunca le había tocado robar, pero Ermoshka lo instruyó, le explicó qué debía hacer. Ermoshka se acercó a la mujer y dijo: «¡Buenos días, tía! Que Dios te ayude a guardar los lienzos de los ladrones». «Salud, hijo mío, ¿adónde te lleva Dios?». «Pues voy hacia la frontera alemana: mi abuelo dejó allí un mitón y tengo que encontrarlo». «Ay, hijo mío, eso debe estar muy lejos, ¿vale la pena caminar tanto por un mitón?». «Claro que vale. Solo con oír el repique de las campanas en sus iglesias, da gusto. Por ejemplo, ¿cómo repican aquí las

campanas?». «Pues como en todas partes; al fin y al cabo, todas las campanas son de bronce». «Da igual. Repica como lo hacéis vosotros y luego yo te repicaré como en el extranjero». «Bueno, entre nosotros es así: tiín-ti-ti, tén-títi, tén-ti-ti, don-don, don-don, ¡bu-um!». «¿Ves? Allí es mucho más extraño». Ermoshka hizo una señal con la mano a su compañero para que se llevara el lienzo, mientras él comenzaba a repicar: «¡Tira-tira, estira un poco! ¡Tira-tira, estira un poco!». «Qué repiques tan extraños —dice la mujer—, inmediatamente se nota que son de los infieles, tienen un tono de ladrones». Mientras Ermoshka charlaba con la mujer y hacía sonar los repiques y ella escuchaba, su compañero robó el lienzo y se escapó entre los arbustos hacia el bosque. «Bueno, adiós, tía, no guardes rencor», dijo Ermoshka y se fue tras el trabajador.

Cuando se acercaban al bosque, de repente oyeron que la mujer empezaba a lamentarse y a gritar: significaba que había notado la pérdida. «Nuestro asunto va mal —dice Ermoshka—, dame acá el lienzo; lo esconderé entre los arbustos y yo correré hacia la derecha, mientras tú sigues derecho por el camino hacia el bosque». Cuando el compañero se hubo alejado bastante, Ermoshka empezó a gritar: «¡Ay, hermanos, no me peguéis! ¡Ay, al menos dejad que mi alma se arrepienta! No fui yo quien tomó el lienzo; aquí pasó corriendo cierto hombre justo por ese camino y arrojó el lienzo entre los arbustos!». Y mientras decía esto, golpeaba con un palo ora el suelo, ora los árboles... Al oírlo, su compañero echó a correr con todas sus fuerzas, sin mirar adónde iba. Pero Ermoshka recogió el lienzo y se dirigió al pueblo a buscar su vaca.

En la feria vendió Ermoshka el lienzo, recogió su vaca y se fue silbando. Caminó y caminó, se gastó el dinero comiendo y no encontró ninguna ganancia. «Debo —piensa—, buscar aunque sea algún trabajo, algo así como segar heno». Y entonces, para su fortuna, había una hacienda señorial junto al camino, y en el pórtico estaba sentado el propio señor. Ermoshka se acercó a él, fingiendo ser un huérfano de Kazán, y dijo: «Buena salud, señor amo, ¿no habría algún trabajo para mí, para este desdichado?». «¿Qué desgracia es la tuya?», pregunta el señor. «He ofendido al Señor Dios: se me ha roto una bota nueva». «Vaya tipo más raro —piensa el señor—. ¿Cómo es posible, hermano —pregunta—, que la hayas roto?». «Con un clavo, su merced, mientras caminaba por un desván ajeno». «No deberías meterte en desvanes ajenos». «Colgaba mi caftán para secarlo después de lavarlo; lo ensucié mucho cuando le quité la piel a mi caballo». «Entonces, ¿tu caballo ha muerto?». «Se reventó acarreando agua, cuando mi granero se incendiaba». «¿Y tu granero, entonces, se quemó?». «No fue él primero, señor amo; primero se quemó mi nueva izba». «¡Vaya! ¿También se te quemó la izba?». «Sí, su merced, la incendiaron sin querer mientras yo celebraba los funerales de mi esposa y mis hijos». «¿Y tu esposa y tus hijos, entonces, han muerto?». «A todos los aplastó la

vieja izba cuando el río socavó nuestra aldea». «Bueno, te tomaré como pastor», dice el señor.

Ermoshka comenzó a pastar el rebaño: dormía en el campo desde la mañana hasta la noche. ¿Qué podría ser mejor? Solo que tenía que ocurrir tal desgracia: su vaca se peleó con la vaca del señor y la corneó hasta matarla. Por la tarde, Ermoshka fue al señor con el informe: «Todo —dice— ha ido bien, salvo que una vaca ha corneado a otra hasta la muerte». «¿Cuál a cuál?». «La vaca moteada de su merced ha tenido a bien cornear a mi vaca». «Bueno —dice el señor—, no vamos a llevar una vaca ante el juez de paz». Pero Ermoshka le replica: «Perdón, me he equivocado: mi vaca ha corneado hasta la muerte a la vaca moteada de su merced». «¡Ah, tú, miserable! —grita el señor—. ¡Lleva tu vaca al patio, la presentaré al jefe de policía y pagarás una multa!». «Ay, su merced, ¡cómo cambia usted su palabra señorial! Hace un momento dijo usted mismo que no había que llevar ante el jefe de policía a su vaca si ella había corneado a la mía, y ahora quiere enviar la mía ante el jefe de policía». «¡Está bien! —dice el señor—. ¡Lárgate de mi presencia, y no te devolveré tu vaca! Al menos pagarás algo por tu culpa». Ermoshka comenzó a rogar y suplicar al señor; tanto insistió y lloriqueó que finalmente consiguió que el señor, considerando todas sus desgracias, ordenara entregarle el cuero de la vaca muerta, aunque de todos modos lo expulsó a patadas de la hacienda.

«Mal me van las cosas —piensa Ermoshka—; cuando salí de casa, al menos tenía una vaca, y después de tanto caminar y darle vueltas a la cabeza, todo mi capital es solo un cuero agujereado». En el camino lo sorprendió una noche oscura y fría. Ermoshka ve a un lado una hacienda; parece que el dueño es rico. Se acercó y llamó a la puerta. Sale la dueña: «¿Qué necesitas?». «Protégeme, buena mujer, de esta noche oscura». «¡Lárgate, muchos vagabundos como tú andan por aquí!». Y cerró la

le cerraron la puerta en las narices. Cerca de la casa había un almiar de heno. «Bueno —pensó Ermoshka—, aunque sea en el almiar, enterrado en el heno, pasaré la noche; al menos hará más calor y, estando cerca de una vivienda, no da tanto miedo». Se encaramó al almiar y comenzó a acomodarse; cuando de pronto vio que las contraventanas de las ventanas no estaban bien cerradas: en la habitación principal, justo junto a la ventana, sentada a la mesa, estaba la dueña de la casa con un joven, y sobre la mesa frente a ellos había toda clase de manjares y bebidas dispuestos. Ermoshka veía claramente por la rendija qué festín se celebraba allí, y le entró tal hambre que simplemente se le hizo la boca agua...

De repente resonó por el camino un carro, alguien se acercó a la casa y golpeó la ventana. ¡Dios mío!... ¡Qué revuelo se armó dentro de la casa: la dueña se levantó

de un salto, el joven tras ella, corrían de un lado a otro, se agitaban... El joven, en lugar de coger su gorro, tomó del banco un cubo lleno de alquitrán, se lo puso en la cabeza y quedó todo empapado de alquitrán; la dueña lo empujaba ora hacia aquí, ora hacia allá, queriendo esconderlo... Abrió un arcón lleno de plumón y plumas, lo metió dentro y comenzó a retirar la comida de la mesa... Ermoshka, al ver que escondían la comida de sus ojos, lanzó gemidos de hambre: «¡Ay, ay, ay!»

Y el dueño de la casa —pues era él quien había llegado— preguntó: «¿Quién está ahí en el almiar? ¡Baja, si eres persona de bien!» Ermoshka bajó: «Iba de camino —dijo—, me sorprendió la noche, la dueña no me dejó pasar a dormir a la casa, así que me refugié en el almiar». «Bueno, ¿para qué dormir en el almiar? Vamos a la casa, allí también habrá sitio», dijo el marido de la dueña.

La dueña les abrió la puerta y los recibió con mucha amabilidad. Inmediatamente preparó la mesa. «Perdona, Ivanych —dijo a su marido—, no te esperábamos hoy: para la cena solo tenemos sopa vacía». Y puso delante de ellos un plato de sopa de col sin carne de vacuno. El dueño comenzó a comer, mientras que Ermoshka, aunque tenía hambre, solo removía la cuchara en la sopa. Estuvo sentado, sentado, hasta que de pronto pisó con el pie una piel de vaca que yacía bajo la mesa. Esta chirrió... «¿Qué es eso que tienes ahí?» preguntó el dueño. «Ahí tengo sentado un hechicero». «¿De verdad? Muéstramelo, hermano, nunca en mi vida he visto hechiceros». «No puedo mostrarlo: de todos modos no podrías verlo con tus ojos, y apenas desplegaras la piel donde lo tengo metido, desaparecería al instante. Esto, dueño, no me conviene: mientras lo tengo conmigo, me da todo lo que deseo». «¿En serio?» «Cierto. Ahora mismo le he preguntado: ¿puede darnos buena comida? Dice que sí. «Vamos, hechicero, ¿dónde podemos conseguir buena comida?» pregunto yo, y al mismo tiempo presiono la piel, esta chirría... «Dice que bajo el horno nos ha conjurado un ganso asado, y en la estantería bajo la toalla tiene preparado un pastel con carne de vacuno».

El dueño sacó el ganso y el pastel: «¡Vaya habilidad! —dijo—. ¡Una cena importante! ¿Y se puede comer?» «Para eso está puesto, come sin miedo». Comenzaron a comer: estaba delicioso. «Ay —dijo el dueño—, ojalá tuviera yo un hechicero como ese». «Espera, aún verás más cosas». Ermoshka volvió a presionar la piel. «¿Ha preparado algo más?» preguntó. Escuchó atentamente. «Dice además que bajo el banco hay vodka, cerveza y licor preparados para nosotros». El dueño miró bajo el banco. «¡Por favor, es verdad!» Se sentaron y comenzaron a beber. El dueño empezó a insistirle a Ermoshka: «Véndeme tu hechicero, pagaré lo que pidas». «Espera un poco, dueño... ¿Quieres que te muestre al diablo?»

El alcohol se le subió a la cabeza al dueño. «Adelante —dijo—, muéstramelo, ahora no tengo miedo». Ermoshka presionó la piel, escuchó: «El diablo está metido en

este arcón: abre la tapa y mira». La dueña estaba ni viva ni muerta. El mujik abrió el arcón y, de repente, saltó de allí el joven, cubierto de alquitrán y revolcado en plumas, un diablo de pura cepa, y echó a correr hacia la puerta, hacia la calle; solo lograron verlo un instante. «¡Qué horror tan grande!» dijo el dueño. Bueno, del susto bebieron un poco más.

El dueño insistía incansablemente a Ermoshka: «¡Véndeme tu hechicero!» Ermoshka se hizo aún más el difícil, solo por aparentar, y dijo: «Esto es algo muy valioso, no podré conseguir otro. Bueno, ya que me has dado alojamiento esta noche, así sea, te lo cederé. Dame trescientos rublos». El mujik, alegre, le contó inmediatamente trescientos rublos, tomó la piel y la guardó bajo llave, para que el hechicero no escapara de ella... Y la dueña, aunque veía que Ermoshka engañaba a su marido, temía decírselo, no fuera que Ermoshka la delatara ante su esposo revelando sus trampas.

A la mañana siguiente, Ermoshka se levantó temprano y se marchó, para que al dueño no le diera por probar al hechicero en su presencia. Iba caminando mientras pensaba: «Ahora tengo dinero; iré a mi aldea. Seguro que reciben bien a una persona con dinero. Y por haberme echado, les prepararé una buena jugada...» Llegó a su lugar y fue directamente al alcalde. «¿Por qué has vuelto?» preguntó el alcalde. «He ganado mucho dinero, pero no sé contarlo correctamente. En tierra ajena, temo que me engañen. Por eso he venido a ti: cuéntalo, por favor, tú eres el único alfabetizado entre nosotros».

El alcalde comenzó a contar, contó trescientos rublos y preguntó a Ermoshka: «¿De dónde has sacado tanto dinero, Ermolái Petróvich?» «Justamente, ¿de dónde? Aquí están ustedes, encerrados en su mugre, y no saben que ahora se ha declarado la guerra, hacen falta botas nuevas para los soldados: en la ciudad pagan cincuenta rublos por una sola piel. Yo lo supe, degollé mi vaca, vendí la piel y con ese dinero compré dos vacas en la aldea; luego vendí nuevamente las pieles. Así gané trescientos rublos. Ahora he venido a comprar sus vacas para obtener ganancias».

Pronto toda la aldea supo de las ganancias de Ermoshka. Los mujiks comenzaron a acudir a él, a preguntar. Él les contaba lo mismo que al alcalde y negociaba con cada uno una vaca: «Tomen —decía—, sin complicaciones, veinticinco rublos de promedio por vaca, y yo por mis esfuerzos ganaré veinticinco rublos por cabeza y aceptaré el contrato para suministrar carne salada a las tropas». «¿Qué esfuerzos son esos —pensaban los mujiks— por los que Ermoshka ganará tanto? Podemos arreglárnoslas sin él». Hablaron entre ellos, degollaron todas sus vacas y llevaron las pieles a la ciudad para venderlas. Anduvieron y anduvieron por la ciudad: nadie les ofrecía más de dos rublos y medio por piel. «¿Qué ocurre, hermanos? —se

decían los mujiks unos a otros—. Sin duda Ermoshka, el tramposo, nos ha engañado, se ha burlado de nosotros». Enfurecidos por el dolor, arremetieron contra el alcalde por haber creído a Ermoshka, ¡y encima siendo alfabetizado! Regañaron y regañaron, y decidieron: de una manera u otra, eliminar completamente a Ermoshka de la faz de la tierra.

Vendieron las pieles, con lo obtenido compraron sal, para al menos poder salar la carne de las vacas degolladas —pues al marcharse no tenían ni dinero para la salazón—, y emprendieron el regreso. Al llegar, vieron que la carne, sin salar, ya se había pudrido completamente. Tal fue su rabia contra Ermoshka que decidieron atraparlo inmediatamente y ahogarlo; para este asunto eligieron al alcalde y al centurión: «De ti —dijeron al alcalde— provino toda la desgracia, y el centurión es tu ayudante; ustedes dos eliminen al malhechor». El alcalde y el centurión, servidores del pueblo, y ellos mismos enfadados con Ermoshka, fueron inmediatamente, lo capturaron, lo ataron dentro de un saco y lo arrastraron hacia el río para ahogarlo. Ermoshka, al ver que había caído, que nadie podía salvarlo y que solo le quedaba la esperanza del «quizás», permaneció quieto dentro del saco.

Ya era invierno, y el río estaba cubierto de hielo. El alcalde y el centurión trajeron el saco, lo depositaron en la orilla, pero no tenían con qué romper el hielo. El centurión dijo: «Iré a buscar un hacha, tú vigila». «Mira qué tipo —le dijo el alcalde—, ¿esperarte? Ambos nos comprometimos, ambos responderemos». Discutieron y discutieron, y finalmente decidieron que ambos irían a la aldea a buscar el hacha. «Seguramente Ermoshka, del miedo, ha perdido completamente el habla —dijeron—, y sin gritos nadie lo notará aquí bajo la escarpada orilla». Apenas se alejaron un poco, Ermoshka comenzó a gritar y a forcejear dentro del saco.

Y sucedió que por aquel tiempo pasaba por el camino, no lejos de aquel lugar, un lector de los viejos creyentes. Iba el anciano tirado por un par de caballos castaños, cuando de repente oyó: alguien gritaba junto al río. Se apeó, se acercó: «¿Quién está aquí dentro del saco?» preguntó. «Desata el saco, hombre de bien, pues aquí ha habido un error». Ermoshka salió del saco, observó al anciano, comprendió inmediatamente quién era, y dijo: «¿Es posible, padre, que no me hayas reconocido?» «No, hijito, parece que no te conozco». «¿Cómo es eso? Yo también soy de los vuestros, de los skits lejanos. Ha ocurrido entre nosotros un prodigio tan maravilloso que en estos tiempos difíciles es necesario que un hombre sufra por la verdad; entonces triunfaremos. A mí me tocó la suerte, pero aún soy joven, no he logrado pecar mucho, y he dudado. Aunque vaya derecho al cielo, todavía deseo mucho vivir...» El lector lo miró con ira: «Eres un hombre de poca fe —dijo—, te ha tocado tal dicha y tú te quejas. ¡No eres digno! Déjame a mí: ¡mi

alma anhela sufrir!» Ermoshka ni siquiera discutió, ató firmemente al lector dentro del saco, saltó al trineo y comenzó a azotar a sus caballos castaños.

Llegaron el alcalde y el centurión, arrojaron al lector al agujero hecho en el hielo: solo se oyó un chapuzón: burbu-burbu... y se fueron a

la taberna cercana que estaba en el camino grande, para beber después del trabajo. Mira, junto a la taberna hay un par de caballos castaños, uncidos a un trineo, y en el trineo está sentado Ermoshka. Acababa de salir de la taberna y se disponía a seguir viajando. El centurión y el alcalde se quedaron pasmados: «Ermoshka —preguntan—, ¿cómo saliste del agujero en el hielo, de dónde sacaste los caballos?» Y Ermoshka les responde: «¡Ay, qué tontos sois! Quisisteis perderme, pero en cambio me hicisteis aún mejor. Cuando me arrojasteis al río, miro y veo que por el fondo camina todo un rebaño de caballos... Pues bien, enseguida distinguí a estos castañitos y me puse a llamarlos. Seguro que vosotros mismos oísteis cómo gritaba "¡castaño-castaño!" mientras me hundía bajo el agua. Los atrapé, los uncí y salí directamente desde el fondo hasta aquí. ¡Adiós, hermanos, morid de hambre y no me recordéis con rencor!» Azotó a los castaños y se marchó.

Todavía mucho tiempo vagó el pícaro Ermoshka por el mundo, maquinando muchas astucias y engaños. Pero cierto dice el proverbio: «Si el cántaro se acostumbra a ir por agua, allí le romperán la cabeza»: hace poco lo atraparon en cierto robo y lo desterraron a Siberia.